

JOSÉ DOMINGO MORA

# LA ESPIRAL DEL CAOS

COLECCIÓN NAGINATA  
ARMA POÉTICA EDITORIAL  
SEVILLA 2018

© 2018, Jose Domingo Mora Mora  
© Fotografía Cubierta: Marisa Vadillo  
© Arma Poética Editorial  
© Colección Naginata

.....  
Diseño y maquetación: Jaime Romero  
.....

ISBN: 9788494769047  
Depósito Legal: SE-135-2018  
1ª Edición: Marzo 2018



Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

## LA ESPIRAL DEL CAOS O EL LABERINTO DEL ESCRITOR

*El Aleteo de las alas de una mariposa  
se puede sentir al otro lado del mundo*

*Proverbio chino*

A quienes no se nos concedió el don de tener una mente científica, por definición ordenada, racional, solvente para analizar situaciones y resolver problemas, apta para sintetizar y establecer relaciones y sinergias, capacitada para memorizar fórmulas y un largo etcétera, ese famoso proverbio que se glosa con cierto lirismo como si el vuelo suave y colorido de los hermosos apéndices de esos no menos hermosos lepidópteros fuera capaz de provocar la mayor de las tempestades nos despierta una indómita curiosidad. Quizás ese otro regalo, el deseo de conocimiento, lo compartamos los científicos y los poetas (;quién ha dicho poeta?), aunque nuestros métodos se concreten como bien distintos. Y los resultados, a la vista está, absolutamente incomparables, si bien queremos pensar que complementarios.

El mundo, el ser humano, la vida, son, por supuesto, entidades analizables. Desde la ciencia, desde la filosofía, desde el arte. La literatura tiene, pues, entre otros, ese cometido. Explicar, dar a conocer. También interpretar. Una mariposa jamás será descrita igual por un entomólogo que por un escritor. No digamos cuando la realidad es mucho más compleja y aún no ha encontrado una respuesta fiable, pues ni siquiera los sentidos nos permiten

percibir objetos, sonidos, olores, sensaciones, de un modo semejante; ni los mecanismos de nuestra inteligencia sistematizar y explicar cada situación con criterio unívoco.

En lo que sí parecen estar de acuerdo la mayoría de las culturas es en que al principio era el caos, mucho antes de que existiera un dios que organizara el desorden, de que los mitos trataran de explicar el nacimiento de las estrellas y nos curaran de algún modo el miedo a lo desconocido. Y ese galimatías preexistente que por mano del azar o de una voluntad superior dio origen al universo tal como hoy lo conocemos, en toda su infinitud inabarcable, se nos cuela en la vida y el subconsciente con frecuencia cada vez que nos vemos incapaces de controlar un hecho, de encontrarle una explicación coherente y satisfactoria. Y eso nos rebela.

Porque aceptar nuestra impotencia a atajar el destino no es tarea fácil y nos enfrenta a cierta condición de esclavitud. No puede ser libre, construir su futuro, quien se sabe ya abocado a seguir una senda trazada por no se sabe quién o qué; quien no controla lo que ocurrirá mañana pues no depende de él, sino de la actuación conjunta de tantísimos factores (humanos, meteorológicos, naturales) a primera vista imprevisibles.

Una mente científica, sin embargo, no se dejará llevar por supersticiones ni supercherías. A todo querrá encontrar una causa, que seguramente exista. Quizás analizando nuestras células podamos saber de qué moriremos, y examinando nuestras capacidades cognitivas desde pequeños podríamos ahorrarnos el sinsabor y/o incomodidad de tener que elegir carrera o profesión. Y posiblemente sumando factores genéticos, ambientales y profesionales nos veamos en condiciones de predecir el día de nuestra muerte. Que prefiramos «someternos» a la incertidumbre es, pues, decisión nuestra, y entiendo que una buena decisión.

Que nuestra vida cambie de rumbo por el simple hecho de que una carta llegue o no a su destino (¿será casualidad que «destino» y «destino» compartan término?) forma parte de esa eventualidad que constituye nuestra esencia, del mismo modo que un hilo invisible nos une y nos relaciona como partes de un todo, de una misma Historia. Así los protagonistas de *La espiral del Caos*, primera novela de José Domingo Mora, en la que los hechos se nos ofrecen fragmentados; el tiempo salta de un punto a otro para mejor explicar los acontecimientos, sin subyugarse a los dictados de la cronología artificial creada por los hombres; los personajes entran y salen de escena, se cruzan, se conocen, se relacionan, se aman, se odian, nos hacen recordar otro dicho menos poético que el proverbio chino que precede a estas líneas, como «el mundo es un pañuelo», que a mí me conduce a expresiones como «no somos nadie» (y unos menos que otros, añadiría yo) y de nuevo a tomar conciencia de nuestra pequeñez.

«Quién sabe si al apoyar mi pluma en el papel mientras escribo esto no estaré matando a un chino en China», Blaise Pascal *dixit*. Con ese ideal de convertirnos en dioses nos levantamos cada mañana los escritores, con el deseo no tanto de explicar el caos como de desatarlo; de lanzar nuevas estrellas al universo en expansión en el que vivimos, el real y el de las letras; de hacernos pensar y pensarnos en ese complicado laberinto de la existencia sin hallarle solución, porque quizás no la tiene o no nos convenga saberla. Y esta novela que ahora el lector tiene entre las manos es una prueba de ello.

*Elena Marqués*

*Para Inmaculada,  
que en lo simbólico e imaginario  
dio a luz a Luca Demetrio Tascani,  
y en lo real, a nuestro hijo Ezequiel.*

Querida Judit:

Hay cartas que no llegan siempre a su destino. El escritor las embadurna con su insondable palpitar de emociones, las somete al enmohecimiento de la distancia para comprobar si el espíritu joven que las poseyó aletea aún sobre las ascuas del fuego originario y, si así es, las deposita con reparo en el sobre, cerciorándose de que las dobles sean simétricas y que la cara visible para el instante de la extracción sea el comienzo que él ha proyectado sobre el destinatario. Sin embargo, son muchas las que se quedan sepultadas bajo la penumbra del arrepentimiento, del pudor y, a veces, del orgullo. Hay, además, ocasiones en las que son los destinatarios quienes no llegan a tiempo para recibirlas, bien porque partieron justo antes de que el cartero llamara dos veces, bien porque, cuando la carta fue depositada en el buzón, el receptor ya había cambiado de residencia. Y hay casos en los que, como tú, no la recibirás porque ello supone evocar el recuerdo de las paredes que nos estremecieron. Eso, Judit, implica un esfuerzo, el esfuerzo de ir, de viajar —con el camino de por medio— a descubrirla donde probablemente habrás decidido no volver.

En cambio, si la zozobra de una pasión nunca enterrada persiste sin dar tregua, entonces uno debe afrontar el signo de su destino, no porque el destino sea irrevocable y albergue una única salida, sino porque las pasiones que emanan de los sentimientos puros nunca deben (poder sí que pueden) cegarse como un pozo en la sofocante canícula de los tiempos. Siempre he creído

–sentido y experimentado– que el mundo nos pertenece, Judit, nuestro mundo compartido. Sin embargo, una ley de atracción no sujeta al imperio de lo racional nos entretejió en el momento más proclive –quién sabe, tal vez lo decidimos antes de venir al mundo– y el resto de nuestras vidas ha derivado en una fuga y contrapunto.

Si estás ahí, frente al papel, quiero hacerte saber que ya habré tomado un vuelo hacia Perú –me he molestado en adquirir otro billete para ti; tu avión saldrá el 16 de mayo, no me preguntes por qué, siempre hay un día para partir–: vamos a necesitar médicos y profesores. Me he enrolado en una misión sin precedentes: aún hay espacios para luchar y salvaguardar la pureza virginal de los pueblos ancestrales. En el Cono Sur, la revolución americana es un proyecto en ciernes, hay mucho de romanticismo en sus gentes, creen aún en la lucha, en la cooperación; perdura en ellos el espíritu unitario de la identidad, del arraigo a la tierra; persiste el valor de la honradez y del honor. El factor humano aún se resiste a la tiranía de las instituciones, y son crecientes las guerrillas contra el aparato opresor del Estado que persiguen devolver el gobierno a las personas. Europa, en cambio, se ha entregado a la guillotina del capitalismo. Créeme que he intentado frenarlo, al menos desde mi posición, pero ya es inevitable. He tenido que salir forzosamente de Italia.

Viajamos al amparo de las misiones católicas y algunas ONG que se encargan de la logística, principalmente del aparato médico. La Iglesia acapara al gremio educativo. No se trata de una decisión a la ligera, Judit, sé que lo estás pensando. He tenido tiempo para madurarla. Tal vez no el que hubiese deseado por la premura de mis colegas, que insisten en que me incorpore cuanto antes. Te recogeré en el aeropuerto de Lima, pero nuestra acción



comenzará en la comunidad nativa de Sepahua, al sur del país, no lejos de las ruinas incas. En principio atenderemos las necesidades educativas de hijos de campesinos desahuciados por grupos terroristas y las de otros tantos de población indígena en riesgo de exclusión. He realizado averiguaciones acerca de tu doctorado en Medicina, y es precisamente el departamento de asistencia sanitaria el que mayor escasez de recursos humanos presenta. Tu ayuda será inestimable, Judit. Es una oportunidad para comenzar a engrosar tu mundo de experiencias profesionales.

Es probable que tu estado de indignación crezca por momentos y se haya desbordado por lo que considerarás una desfachatez de jactancia por mi parte. Quién soy yo para irrumpir de esta manera en tu mundo, al cabo de los años. No debes preocuparte por el vuelo, sé que ese pensamiento agita ahora tu paciencia. Destruye el billete, también la carta. Cierra la puerta y aléjate del pasado. No vuelvas. El pasado no existe, solo un incesante presente. Yo, no obstante, estaré esperándote en Lima el 17 de mayo; pero, si no apareces, colmaremos nuestros mundos con las inquietudes de cada presente continuo, aprenderemos a gestionar nuestros recuerdos y a ordenarlos como destellos de una novela más en los anaqueles de cualquier biblioteca. Dejarán de ser reales –quizá debiera decir históricos– nuestros recuerdos para convertirse en secuencias de ficción latentes pese al transcurso de los años.

No te laceres, sigue el camino del corazón, pero no lo despojes de un mínimo de razón o prudencia. Yo siempre estaré aquí, y siempre tuyo,

*Marco*

# MARCO

## I

La inercia del plomo muerto y casi descoyuntado ejercida sobre sus brazos en un segundo fugaz esperado o inesperado le había hecho recordar el día en que Fabio la despertó de la penumbra que subsiguió a la muerte de su padre. Ahora el niño se le había convertido en cadáver, el tránsito del ser a la materia inerte había sucedido sin que los cimientos de ningún templo pestañearan, ni tan siquiera los de aquella consulta improvisada en medio de la naturaleza salvaje. Era su primer muerto, el primer muerto clínico. Lo supo por el peso. Es un ligero matiz, el del cuerpo aún en sus postreras constantes vitales, en la travesía efímera del ser al no estar en él, piel antigua de reptil que queda como vestigio de un templo que ha albergado sin saberlo su último culto. Sin saberlo porque uno, aunque la muerte aún diste, desconoce, mientras lo hace, que será la última vez que hace el amor o la última vez que juega entre amigos un partido de fútbol; la última que ve a su hermano, a su padre o a su vecino. Desconoce cuáles serán sus últimas palabras, cuál el último enunciado, el contenido de la última referencia a través del idioma a la realidad mundana que abandona. Volveré enseguida, buenas noches, tengo frío –Cristo dijo tengo sed–, te quiero o te esperaré allá donde vaya (más sublime y epitáfico). Se desconoce si es el azar quien las

gobierna, o si, en cambio, subyace en ellas una simbología de ultratumba que queda como legado para los familiares o para quienes sufren la pérdida.

–Se nos ha ido, Marco, el pequeño se nos ha ido.

La doctora Varela compungió el semblante y delegó toda repercusión en Marco Repetto, como si de alguna manera su compañero pudiera justificar cuanto ocurría en el poblado o en toda la comunidad, no digamos en todo el Perú. Judit Varela no era consciente de que había aterrizado en Sepahua confiriéndole a Repetto un estatus omnipotente de cicerone. Al chico lo habían llevado demasiado tarde al ambulatorio, sus padres habían muerto en un ajuste de cuentas. Una bala desacertada se le incrustó en el abdomen. Cuando lo descubrieron, la vida se le derramaba por aquel desagüe de odio ajeno.

–Mañana le darán sepultura –contestó Repetto, que besó a Judit en la coronilla, tomó al crío entre sus brazos y se alejó con él hasta perderse en el vano oscuro que dibujaba, al fondo, el pórtico de la parroquia.

El padre Piedad ordenó a las hermanas misioneras que se ocuparan de recomponer el cuerpo del niño para que rezumara serenidad y no desgarró antes de que la tierra lo engullera por la mañana. Había anochecido, pero las sombras del poblado no impidieron la improvisación de un velatorio que fue ganando calor humano conforme las horas penetraban en la lenta madrugada. La comunidad había ido crispándose progresivamente con ínfulas de rebelión o venganza y el padre Piedad tuvo que llamar al orden e invocar el perdón divino a los enemigos, pero debió conformarse, sin embargo, con la tensión creciente de un silencio retador.

–Al niño lo mataron los nuestros –sentenció una voz agazapada entre el gentío.

–Y también a su papá y a su mamá –añadió otra voz contigua.  
–Ojo por ojo, hermanos, y el mundo quedará ciego –apostilló el sacerdote.  
–Mejor ciegos que no muertos. Usted a lo suyo, padre, y nosotros a lo nuestro.

Ezequiel Llamas había llegado a Sepahua tres años antes, procedente de la Universidad de Lima, en calidad de investigador y con el propósito de iniciar el trabajo de campo de tres estudios sociológicos que perfeccionarían su airosa tesis doctoral, publicada a comienzos de los ochenta. Pudo haberse marchado al cabo del primer año, pero decidió quedarse en la comunidad para gestionar lo que él había denominado el proyecto de coordinación ideológica entre la Universidad y el alma ancestral del pueblo peruano.

Marco Repetto y Ezequiel Llamas se habían visto las caras algunos años antes, en España, en un coloquio aún clandestino que había aglutinado a activistas anticapitalistas, detractores del imperialismo norteamericano, pacifistas y ecologistas, todos en un hotel de escasa alcurnia de Madrid para dibujar las líneas de oposición a la entrada de España en la Organización del Tratado del Atlántico Norte. Desde entonces, Repetto no había perdido el contacto con Llamas. A través de comunicaciones postales y en muy contadas ocasiones mediante llamadas telefónicas a cobro revertido el peruano lo había mantenido al día de sus incursiones en el organigrama docente de la Universidad de Lima, que se había instalado desde hacía algunos años en la plasticidad moldeable de un intrusismo pueblerino que acogía a cualquier esbirro que se prestara sólo con la condición de comulgar con el régimen ideológico revolucionario. Cuando Repetto

le envió un telegrama urgente, redactado en clave rogatoria, Llamas no dudó en ofrecerle asilo político en el Perú de sus investigaciones sociológicas, al amparo de que sus progresos en la comunidad nativa de Sepahua se convirtieran en el salvoconducto de una posterior irrupción en Lima.

Por la mañana, Ezequiel Llamas no había asistido a los sepelios del niño y sus progenitores; ni tan siquiera se dejó ver en la tertulia avinagrada de sombras chinescas de la madrugada. Marco Repetto conocía el significado de aquella ausencia y no dudó en solicitar a la doctora Varela que lo acompañara al día siguiente al despacho que Llamas había improvisado como sede asamblearia en el poblado.

—Es el momento de encauzar la rabia —dijo Llamas. Marco pestañeó. Judit masticó el silencio y, desconcertada, observó el semblante sereno de los dos hombres.

—¿Qué rabia? —interrumpió ella.

—La del pueblo, joven, la del pueblo —repuso Llamas—. Ellos ya conocen el camino, tienen el mensaje. Aun así no resultará fácil porque desde arriba van a facilitarles armas para la lucha. Ese argumento siempre ha sido más poderoso que el nuestro. Los hemos encauzado para la satyagraha<sup>1</sup>, pero el dolor de las muertes que acumula Sendero<sup>2</sup> los disuade a la hora de adoptar una actitud tan pasivamente enérgica en la que no creen porque desconocen el poder de su alcance.

---

1. Satyagraha es un neologismo inventado por Mahatma Gandhi en 1906. El término, que puede traducirse como «insistencia en la verdad», «fuerza del alma» o «fuerza de la verdad» (proviene de satya, 'verdad', y agraha, 'insistencia'), representa la lucha, la resistencia y la desobediencia civil.

2. Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso (PCP-SL) es una organización terrorista de tendencia ideológica marxista, leninista y maoísta originada en Perú.